

Apuntes a “Impresiones sobre Estados Unidos de América (por un español recién llegado)”

Amanda Guzmán Mouriz, estudiante de la Facultad de Artes y Letras, Universidad de La Habana

“Impresiones sobre Estados Unidos de América (por un español recién llegado)” fue publicado en *The Hour*, Nueva York, el 10 de julio de 1880. José Martí había sido recomendado a la dirección de esta revista por Tomás Collazo y su colaboración permanece solo durante este año. El primero de los tres artículos que Martí publica bajo el mismo nombre, trata acerca de su primer vistazo a la nación a la que acababa de llegar. A pesar de la evolución de corte político-social que el escritor tuvo con el paso de los años, en este texto no encontramos al Martí que en 1891 escribiría: “[...] El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América”.¹ En esta ocasión nos encontramos al viajero que observa por primera vez una nación que lo deslumbra, sobre la cual lanza su ojo crítico:

Estoy, al fin, en un país donde cada uno parece ser su propio dueño. Se puede respirar libremente, por ser aquí la libertad fundamento, escudo, esencia de la vida. Aquí uno puede estar orgulloso de su especie. Todos trabajan, todos leen. ¿Pero siente cada uno, en igual medida que lee y trabaja? El hombre, como criatura fuerte—hecho a soportar sobre sus hombros la carga del infortunio, nunca doblegado, jamás fatigado, sin desmayar nunca, — es aquí incomparable. ¿Son las mujeres, esos seres que a nosotros, gentes del sur, nos gustan—débiles y flexibles, tiernas y voluptuosas—tan perfectas a su manera, como los hombres lo son a la suya? La actividad, dedicada a los negocios, es ciertamente inmensa. Nunca sentí sorpresa en ningún país del mundo que visité. Aquí quedé sorprendido.²

¹ “Nuestra América”, en <http://www.josemarti.cu>

² “Impresiones sobre Estados Unidos de América (por un español recién llegado)”, en *José Martí. Obras completas. Edición crítica*, t. VII, Centro de Estudios Martianos, La Habana, p. 135.

Martí lanza preguntas sobre Estados Unidos a medida que narra a modo de destellos sus impresiones, este tono reflexivo acompaña todo el artículo. Señala las cosas que le sorprenden, *todos trabajan, todos leen*, al tiempo que reflexiona y se cuestiona si aquello que le sorprende es ciertamente una virtud: *¿Pero siente cada uno, en igual medida que lee y trabaja?* Estas impresiones de José Martí ponen en relieve ante el lector la gran contradicción de la modernidad, por un lado, tenemos al sujeto que se asombra y se deleita en el progreso vertiginoso de las grandes ciudades; pero, por el otro, al creador reflexivo que no desea caer en la vorágine de esta nueva vida moderna y que reflexiona sobre la rapidez con que se desenvuelve la sociedad. Martí había expresado en su artículo “El Niágara” que ya no era posible producir obras largas, acabadas, pacientes, aquellas escritas desde la quietud y la reflexión; su llegada a EE.UU. confirma que debía despedirse del sosiego de los países europeos, era más necesario, en esta nación, ser útil que ser creativo. A través de un texto cargado de sintagmas yuxtapuestos, el autor logra crear al interior del artículo una movilidad similar a la que describe; es entonces cuando, en medio de la movilidad creada por las palabras, la frase *me detuve*, situada entre comas, genera una pausa no solo a nivel gramatical, sino que consigue el mismo efecto sobre las imágenes descritas por Martí:

A mi llegada, en uno de estos días de verano, cuando las caras de los apresurados hombres de negocios eran a la vez fuentes y volcanes; cuando, maleta en mano, abierto el chaleco, la corbata deshecha, vi a los diligentes neoyorquinos corriendo de aquí para allá, ora comprando, ora vendiendo, sudando, trabajando, medrando; cuando noté que nadie permanecía estacionado en las esquinas, ninguna puerta se mantenía cerrada un momento, ningún hombre estaba quieto, me detuve, miré respetuosamente a este pueblo, y dije adiós para siempre a aquella perezosa vida y poética inutilidad de nuestros países europeos.³

El escritor se pregunta si este afán desmedido por las riquezas y los bienes, si la industrialización y la conceptualización de la vida y el hombre como un ser mecánico, productivo y desenfrenado era realmente positiva al alma:

³ Ídem.

¿Pero esta actividad se dedica en la misma medida al desenvolvimiento de esas altas y nobles ansiedades del alma, que no pueden ser olvidadas por un pueblo que necesita salvarse de inevitable ruina, y estrepitoso y definitivo desmoronamiento?

Y si llegaran los días de pobreza, —¿qué riqueza, sino la de la fuerza del espíritu y el consuelo intelectual, ayudará a este pueblo en su colosal infortunio? El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina. Si este amor de riqueza no está moderado y dignificado por el ardiente amor de los placeres intelectuales, —si la benevolencia hacia los hombres, la pasión por cuanto es grande, la devoción por todo lo que signifique sacrificio y gloria, no alcanza desenvolvimiento parejo al de la fervorosa y absorbente pasión del dinero, ¿adónde irán? ¿dónde encontrarán suficiente razón para excusar esta difícil carga de vida, y sentir alivio a su aflicción? La vida necesita raíces permanentes: la vida es desagradable sin los consuelos de la inteligencia, los placeres del arte y la íntima recompensa que la bondad del alma y los primores del gusto nos proporcionan.⁴

Es necesario un equilibrio entre los deleites del alma y del cuerpo, un equilibrio entre la subjetividad y la objetividad, entre lo material y lo que el alma necesita. Si bien el autor se encuentra sorprendido con sus primeros vistazos de la nación del Norte, ya deja ver algunas de sus íntimas preocupaciones, las cuales evolucionarán en la misma medida que este continúe su estudio del pueblo norteamericano:

Estudiaré al más original de los pueblos a partir de sus orígenes: la escuela; de su desenvolvimiento: la familia; de sus placeres: el teatro, los clubes, la Calle Catorce, las reuniones familiares, grandes o pequeñas. Caminaré por la elegante Quinta Avenida en un domingo radiante hasta llegar a la iglesia repleta para escuchar al predicador—palabra de paz—hablando sobre política, o sobre el campo de batalla. Veré muchos desatinos, muchas hazañas; veré a los políticos, que son los que salvan al país, aunque podrían—sin esfuerzo alguno—retornar a los días del militarismo arrogante, de la violación de la voluntad del pueblo, de la corrupción de la moralidad política; observaré los rostros benevolentes de los hombres, los rostros desafiantes de

⁴ *Ibíd.*, p. 136.

las mujeres, las fantasías más caprichosas y menos recomendables, toda la grandeza de la libertad y todas las miserias de los prejuicios; aquí, una poderosa originalidad, allá la vulgar imitación de las extravagancias trasatlánticas.⁵

Llama la atención el modo en que termina el artículo, luego de esta charla reflexiva, casi filosófica, acerca de la nación de Estados Unidos, el autor finaliza con una anécdota que rompe con el estilo anterior del texto, una anécdota introducida en este diálogo que se nos presenta sereno por momentos, violento en otros; y que coloca al texto martiano en una zona de familiaridad con el lector:

Y, para la *mot de la fin*, permítaseme contar lo que me sucedió hace una semana, viniendo desde Cape May, un balneario encantador, hacia Filadelfia. Cerca de la estación, el tren se descarriló, yéndose de lado el carro donde yo iba. El accidente no tuvo mayores consecuencias; pero el momento fue grave, forzados todos, por la sacudida y tirón del carro, a abandonar violentamente los asientos. Las mujeres palidecieron mortalmente. Los hombres, en busca de su propia salvación, olvidaban a las mujeres. Me vino a la idea lo que debía ocurrir a un hombre en tal caso, y, en el mismo instante, vi rodar por el suelo a una pobre señora de ochenta años. Corrí hacia ella ofreciéndole las manos. La anciana señora, muy elegante por cierto, no obstante su gran carga de años, me miró agradecidamente, tendiendo sus manos hacia mí; pero, al tocar las puntas de mis dedos con los suyos, me dijo, con expresivos y asustados visajes:

“¡Por las manos, no! ¡Váyase! ¡Váyase!”

¿Sería una vieja puritana?⁶

Podemos observar a lo largo de “Impresiones sobre Estados Unidos de América (por un español recién llegado)” de qué forma los juicios martianos se van articulando para construir a modo de mosaico una imagen de la nación norteamericana. Esta imagen, por cierto, semeja mucho la visión borrosa, distorsionada, de la realidad de los cuadros impresionistas, no

⁵ Ibídem, p. 137.

⁶ Ibídem, pp.138-139.

porque el autor no diga la verdad, sino porque su forma de articularla construye un retrato no completamente acabado de la nación de los Estados Unidos. Encontramos en Martí al hombre fascinado por la rapidez de la vida, por la libertad que se respiraba en esta nación, por lo nuevo y lo desconocido; también encontramos en Martí al hombre preocupado por el afán desmedido, por la pérdida de los placeres del alma; encontramos, finalmente, al Martí que se halla con su ojo crítico delante de una nación que recién le abría sus puertas.

Vemos en esta crónica martiana una muestra de la precipitación y la efusividad de los neoyorquinos, una muestra de la industrialización y una reflexión sobre ella, vemos al hombre como eje rector de esta nueva sociedad, vemos al escritor que llama al hombre al equilibrio. Vemos la expresividad poética de la prosa modernista, vemos la apropiación de la velocidad de la vida en la velocidad con que transcurren los párrafos, vemos la importancia que el modernismo concede a la pausa como medio de reflexión. Vemos al hombre moderno, al poeta moderno: fragmentado entre el progreso objetivo y su alma subjetiva. Al sujeto que se inserta en este medio nuevo, pero que reconoce que carece de los medios para adaptarse a él.